

IQUIQUE EN 100 PALABRAS

LOS MEJORES 100 CUENTOS V

INCLUYE RELATOS DE LA SEXTA VERSIÓN DEL CONCURSO

Selección y Dirección de Arte | Fundación Plagio

Edición | Milagros Abalo

Diseño | www.triangulo.co / Josefa Méndez

Ilustraciones | Lucius Blacklung, Valentina Contreras y Mariacarlos Guerra

"IQUIQUE EN 100 PALABRAS: LOS MEJORES 100 CUENTOS V"

© Fundación Plagio

Registro de Propiedad Intelectual N° A-277601

ISBN: 978-956-9304-18-7

Primera edición: mayo de 2017

Tiraje: 20.000 ejemplares

Se terminó de imprimir en mayo de 2017 en Aimpresores
Av. Gladys Marín Millie 6920, Estación Central, Santiago.

www.iquiqueen100palabras.cl

DISTRIBUCIÓN GRATUITA · PROHIBIDA SU VENTA

IQUIQUE EN 100 PALABRAS

LOS MEJORES 100 CUENTOS V

INCLUYE RELATOS DE LA SEXTA VERSIÓN DEL CONCURSO

Fue una grata sorpresa para nosotros descubrir que, de casi seis mil cuentos que recibimos en la VI convocatoria del concurso «Iquique en 100 Palabras», tres mil de ellos, es decir, más de la mitad, fueron escritos por niños y jóvenes. Solo a modo de ejemplo, de Huara, una comuna con menos de tres mil habitantes, recibimos 180 relatos de escritores que todavía no han cumplido 18 años.

Esta entusiasta participación nos muestra, una vez más, el enorme talento de los jóvenes de esta región. Con sus relatos nos revelan su visión de la tierra que habitan y de lo que esperan para ella.

Con esta publicación, celebramos la creatividad de los jóvenes de Tarapacá. Y junto a ellos, invitamos a todos a participar en este proyecto colectivo de creación literaria, porque estamos convencidos de que necesitamos las historias de todos para construir la comunidad que queremos, la región que queremos.

Este libro tiene 100 autores, 100 voces de la región. Esta multiplicidad de ideas, miradas y experiencias son un valioso reflejo de la diversidad de la Tarapacá de hoy.

BHP Billiton Pampa Norte

El sabor de una guayaba asada, un enamorado que ve cómo el reloj del Cerro Esmeralda arruina sus técnicas de seducción, la nostalgia de los años de la fiebre del salitre y la vida de esos nuevos iquiqueños que han llegado en los últimos años buscando oportunidades, son algunas de las casi seis mil historias que, en la VI versión del concurso, han enriquecido aún más el imaginario literario de la región.

En esta convocatoria, en la que recibimos el doble de cuentos que el año pasado, el territorio fue el protagonista. Las ganas de ser parte de «Iquique en 100 Palabras» llegaron con fuerza a toda la región y contamos con la participación de sus siete comunas. Este libro está lleno de detalles, olores e imágenes de lugares como Alto Hospicio, Pica, Pozo Almonte y Huara, que nos permiten recorrer Tarapacá a través de la mirada de sus habitantes.

Ya son seis años de «Iquique en 100 Palabras», una iniciativa que se ha transformado en un potente espacio de creación: una forma de acercar la literatura a la comunidad y una experiencia única para leer y conocer las distintas y tan diversas voces del fascinante Norte Grande.

Nuestro desafío como Fundación Plagio es seguir creciendo y llegar más allá. Llegar a esas personas que tienen muchas historias pero que todavía no se han atrevido a contarlas en 100 palabras. Sumar, por ejemplo, a todos los que año a año atesoran su libro, pero aún no han escrito un cuento; a los profesores y profesoras que motivan a sus estudiantes a expresarse libremente por medio de la literatura, pero ellos quizás no lo han hecho hasta ahora; o a aquellos que acompañan diariamente sus viajes en micro por Iquique con estos relatos, pero aún no han compartido su visión de la región.

«Iquique en 100 Palabras» es para todos ustedes.

Fundación Plagio

El vuelo

PRIMER LUGAR

La primera vez que voló, se lanzó por los aires desde los fabulosos cerros de Alto Hospicio; nunca había sentido tanto vértigo. La ciudad de Iquique, en todo su esplendor, se resumió en su mirada, mientras el sol caía por el mar, dando al paisaje un hermoso tinte naranja. Soñó con volver a volar y, así, de cuando en cuando, se le ve pedir unas monedas a las afueras del Mercado Centenario para volarse un ratito, para saltar al vacío hacia quién sabe dónde.

Ellie Álvarez Castillo, 30 años, Alto Hospicio

La chola

MENCIÓN HONROSA

Saltaba como chibola para agarrar por las patas a las palomas de la plaza Condell. No le daba remordimiento apretarles el cogote porque pensaba en la seño que la echó al toque por chola. La vieja fea le dijo que le daba cólera su acento pe y que no quería una nana que oliera a llamo. En la pieza del cité, metía las aves desplumadas en un ollón y las sazónaba igualitito que su abuela tacneña. En la calle, las voceaba como «manjar del Rímac», para quitarle la tristeza a los iquiqueños lisurientos.

Pedro Marambio Vásquez, 54 años, Iquique

El Magaly

Antes de salir miraba de reojo por la puerta, y en las noches desoladas bajaba por la calle Serrano a encontrarse con su naturaleza. Mis ojos de niña buscaban su esencia. ¡Buena Magaly!, le gritaban desde la esquina. Él o ella, moviendo sus caderas con pasitos cortitos, caminaba erguid@ hacia la felicidad.

Pamela Ramírez Cancino, 45 años, Iquique

Cominitis

Joven y bien vestido, relataba sucesos imaginarios sin respiro alguno a través de un micrófono, también producto de su trastornada mente. Debido a su impecable vestuario, se le permitía ingresar al Teatro Municipal y, desde uno de sus balcones, continuaba transmitiendo sus enigmáticos y secretos comentarios, hablándole a una de sus manos empuñadas. Cuando comenzaba la película programada, él continuaba con su incansable actividad locutiva. Iba siempre con una caja de fósforos en una de sus orejas, que cuidaba con mucho celo. Jamás logramos saber para qué le servía, quedando este detalle de su locura como un misterio sin resolver.

Julio Sepúlveda Cortés, 48 años, Iquique

La maldición

Llegó de madrugada al puerto, había aceptado la invitación de salitreros con ínfulas de socialités a pito de nada. Actuó desdeñoso para un escaso público en un teatrillo de malamuerte. Adivinó pensamientos e hizo aparecer naipes en las enaguas de las damas, lo que provocó la ira de los maridos encopetados. Antes de zarpar, escuchó las campanadas del mediodía del reloj de la plaza, aún ofuscado por el desaire, levantó sus dedos y para sorpresa suya, incluso, lo detuvo. Nada cambió en Iquique, salvo el grafiti en el armatoste: «Sigán durmiendo, que la fiaca los devore». Harry Houdini.

Pedro Marambio Vásquez, 54 años, Iquique

Camorra

Desesperado corría y en su aturullado expresar gritaba: «Un perro mató un camión», repitiendo incansable sin siquiera terminar de decir lo que quería decir. Quienes ya lo conocíamos, sabíamos que había que descifrar su noticia. Aún no sé por qué Camorra, si fue de aquellos niños tranquilos, más bien ensimismado, recogedor de carbón en la línea del tren para atizar la vieja cocina de barro pal diario cocinar. Casi de antología fue la revolución que armó en el barrio ante el llamado: «Se está quemando el incendio», aunque el confuso pero oportuno aviso logró salvar a los vecinos de la tragedia.

Juan Villacorta Sánchez, 58 años, Iquique

La Muñeca

«Muñeca» le apodaban a doña Josefina, suplementera por vocación y dueña de un kiosko en calle Vivar. Dicen que fue candidata a Miss Chile en los años 50, modelo de la revista *Caretas*, y amante furtiva de un ricachón dueño de un supermercado del centro, dicen que con él fue feliz. Un día domingo se fue al paraíso, quizás recordando al amor imposible, ese que leía el segmento de economía, y no las novelas de Corín Tellado que ella tanto atesoraba.

Carlos Correa Segovia, 39 años, Iquique

Murió el Choro Lucho

Larga caravana por la ex Pedro Prado hacia el Cementerio N° 1. Se nos fue el Choro Lucho, que vendía paños de cocina en la feria de calle Serrano, estruendosos disparos al aire, tatuajes por todos lados y uno que otro tajo en torsos desnudos, pero como siempre el discurso dirá todo lo que no fue en vida. Por si resucita, digo yo.

Vladimir Contreras Aburto, 47 años, Iquique

Se murió Tulingo

La noticia llegó a la Jorge y no lo podíamos creer. A Tulingo, el pescador que llegó de Valparaíso hace tantos años y se quedó con nosotros, lo mataron en el sur, dicen algunos. Unos amigos del club hicieron correr una lista solicitando ayuda económica para enviarle a su familia. La pena terminó abruptamente como a los ocho meses. Tulingo venía bajando por calle Ejército con Luis Jarpard. «Oye weón, nos dijeron que estabas muerto». «No me vengán con weás», demandó Tulingo, «vengo a buscar la plata que juntaron en mi nombre los weones».

Mario Geraldo Ortiz, 54 años, Iquique

Mi abuelo Emiliano

Mi abuelo Emiliano era pequeño, pero siempre alcanzaba la estatura de los justos. Por esta razón se le conocía en las diferentes oficinas salitreras, en el ferrocarril y en el puerto como el Recabarren Chico. Terminó sus días como terminan los incomprendidos, agarrado a una botella en el monolito de la Santa María.

Patricia Carvajal Vargas, 55 años, Iquique

Mis años en Pisagua

Por los años 70 me inicié como maestra en la escuela de Pisagua, puerto pequeño con pocos alumnos. La mayoría eran hijos de pescadores. No había locomoción para llegar, hacía dedo. Una noche dormí en una posada del cruce, desperté con una abuelita y gallinas en la pieza. Recuerdo cuando me llamaban por teléfono, gritaban de debajo de la escalera que tenía 42 peldaños. También estuve para los 100 años del Asalto y Toma de Pisagua, y como profesora participé como una autoridad más.

María de Lourdes Ulloa Bravo, 63 años, Iquique

Paullete

Paullete era el nombre de una abuelita que provenía de París. Según ella, paseaba en invierno por calle Baquedano con su abrigo de zorro y brillantes zapatos de charol. Cada vez que la saludaban por las mañanas contestaba con un alegre «bonjour mon ami». Se sabía todas las canciones de Edith Piaf, las que cantaba en la plaza para juntar unas chauchas que le ayudaban a calmar su sed melancólica. Dicen que compraba el mejor champán en un tugurio de Amunátegui.

Carlos Correa Segovia, 39 años, Iquique

El gigante de Tarapacá

Escondido entre las montañas en el cerro Unita reposa un gigante llamado Tunupa, que para los sabios aymaras representa el dios del trueno, vigilante eterno y misterioso, que para muchos está cautivo en un sueño silencioso. Para otros es el regente que controla las bendiciones de sus fieles devotos que constantemente le llevan una paga u ofrenda con gran gozo. Solo el ardiente sol y la refrescante luna de la pampa guardan el secreto del origen de este gigante que a muchos impresiona y a otros da sosiego. El gran gigante, el dios Tunupa, el eterno vigilante.

José Manuel Hernández, 28 años, Huara

La feria

La señora Erika abre su puesto mientras comenta con sus vecinas la novela de la noche anterior, cuelga los abrigos y poleras, y ordena los pantalones. Almuerza rodeada de ropa. Llegan las 16:00 horas, y comienza a cerrar, con cinco mil pesos en el bolsillo de la venta del día. Ella llega a su casa siempre sonriente, porque a pesar de todo, siempre soñó con ser su propio jefe.

Gerald Cerda Ossandón, 27 años, Alto Hospicio

El escape de Joao

Joao siempre quiso volver a su tierra Brasil. Intentó convencer a su familia de escapar con él, pero temían arriesgarse. Un día decidió huir. Samuel el jote lo ayudó, picoteando el vidrio por días. También Richard el lobo marino, quien derribó lo ya trizado con su cola. Joao corrió rápidamente por la arena, y mientras éste avanzaba, los turistas corrían despavoridos por Cavancha. Un surfista trató de detenerlo, pero terminó escapando cuando éste le mostró sus bellos dientes. A un metro de llegar a la orilla, Joao miró hacia atrás y vio a su familia. El yacaré no pudo escapar.

Carolina Astudillo Núñez, 37 años, Iquique

La regresión

El psicólogo le contó tres, dos, uno y se durmió. De pronto se vió en un carro paseando en avenida Balmaceda, mucha gente aglutinada, tirando globos con agua, papel picado, harina. En un espejo se miró y contempló a una hermosa muchacha de cabellos negros, ojos esmeralda y cintura de avispa en un vestido de seda. –¡Viva la Reina del Carnaval!–, aquello fue sorpresivo, se levantó aleteando al aire. –Me voy–, dijo al doctor, que le miró con ojos de plato, y el capitán se arregló la chaqueta, acomodó su bigote y se dijo a sí mismo: «¡Mira que voy a ser la Reina del Carnavall!».

Fresia Sánchez Álvarez, 42 años, Iquique

Limón de Pica

MENCIÓN HONROSA

La receta decía que debía exprimir cinco limones. Yo exprimí dos y me quedó mejor.

Constanza Garrido Pacheco, 18 años, Alto Hospicio

Culpemos a Pinochet

«Por dos pesos ponemos la escalera, limpiamos los azulejos con agua y arreglamos las flores, abuelita». Ella, con ternura y carita de pena, dice que sí. Arriba de la escalera, el Guatón Tito; yo, abajo afirmándola y pasando los materiales para limpiar el nicho de don Evaristo, esposo de la abuela. Cuando todo estaba listo y ella nos debía pagar los dos pesos, sacó de su cartera una chauchera, nos pasó cálidamente diez escudos y dijo: «Tomen niñitos, cuiden el dinero, que cuesta ganárselo». Había pasado un año desde que Pinochet cambió el escudo por el peso. Nos estafaron...

José Carvajal Encina, 54 años, Pozo Almonte

Tirana

La Tirana del Tamarugal no es tan mala, en su foto de perfil ya tiene varios likes.

Camilo Montecinos Guerra, 28 años, Alto Hospicio

Visitas por el juzgado

Que no sepa tu madre si nos fuimos a la pampa. Y que bajo el sol de julio dormimos de la mano. –A la niña la arrancaron de su tierra. A la niña niña, sin palabras la exiliaron. A la niña niña, por rencor de mujer se la robaron–. Que no sepa tu madre que volviste a casa y te bañaste de chusca, de tamarugo, de rocío y sal. Que de tanto reírnos niña niña, nos olvidamos que la alegría era prestada.

Gonzalo Azócar Soto, 35 años, Iquique

Miedo ochentero

En la Escuela N° 6 penaban. Dicen que se aparecía por la noche el Chino Sin Cabeza. Desde primero básico que escuchaba esa terrorífica historia. Nunca me quedé en el colegio después de las cinco de la tarde. Salía corriendo por calle Juan Martínez hasta Tarapacá para tomar la micro de la línea siete. Toda la década del ochenta le tuve miedo. Ahora ya adulto me pregunto: ¿Cómo sabían que el fantasma era chino si no tenía cabeza?

Jorge Caucoto Gramattico, 45 años, Iquique

Vista privilegiada

Lo despertó la frescura de la brisa, se desperezó los ojos y miró por la entrada de la casa. El mar estaba calmo, varias goletas flotaban en la cercanía, y en hilera algunos pelícanos planeaban a lo lejos. Es un lindo día, pensó. Puso a calentar agua y mientras esperaba se sentó a mirar lo bello del paisaje. Por un momento se sintió el hombre más afortunado del mundo hasta que recordó que no tenía nada para hacerse. Tomó un tazón viejo con apenas diez pesos y se preparó para abandonar la ruca cercana a un borde del puerto.

Rodrigo Castillo Naves, 36 años, Iquique

Hogar

Dicen que en la casona de Baquedano penan. Los otros guardias que han estado relatan con ojos grandes que de repente se siente un frío helado en la espalda que paraliza. Cuentan que ninguno quiere cubrir un turno ahí. Pero esta noche vendrá un santiaguino canchero y yo lo pondré en su lugar cuando lo rodee y le haga saber que sigo aquí, en el que es mi hogar desde 1907.

Viviana Góngora De la Vega, 44 años, Iquique

Reencuentro inesperado

Escribía distraídamente mientras se tomaba un sorbo de Fanta Naranja en la mesa más distante del bar Curupucho. Una canción comenzó a escucharse y ella se quedó petrificada, dejó caer el lápiz y fijó su mirada en ninguna parte. La voz del músico sin nombre había vuelto. Era invierno, pero no en su corazón.

Zingara Campos Quijada, 33 años, Alto Hospicio

El chonchón

Juan Pardo, el carretero, en una mañana de camanchaca, de bototos, camisón y pantalón calichoso, bebe el cocho, mordisquea la carraca añeja y parte hacia la oficina de Alianza. —¡Ahora, ya!—. Retumban los suelos polvorientos y se abre la faena ahuesada de caliche, de repente se oye: —¡Sale, Juan!—. Empapado de incertidumbre con los ojos sobresalientes asoma con la lucecita a medio resistir entre los polvos y el eco. —¡Apura, Juan!—, pero el aliento se esfumó cuando se apagó el chonchón.

Lady Tebes Cáceres, 20 años, Pozo Almonte




Ilustración realizada por Lucius Blacklung para el cuento «La chola», Mención Honrosa (p.10).



¿El ícono del pueblo?

Recuerdo aquellas noches de invierno, cuando el silente frío asediaba cada paraje, cada hogar y cada esquina de las silenciosas calles pozoalmontinas, prósperas e inundadas de soledad. Mas el gélido clima permanece inerte con faz prepotente, calando mis huesos y los de perros vagabundos que abundan, las sombras cálidas bajo el motor de vehículos recientemente apagados. El vacío de personas reconforta el mirar, tras observar la destellante humedad, reflejando tenue luz sobre mí... pero nada de esto importa cuando miro al frente y me pregunto: ¿Por qué mierda hay un lagarto gigante al lado de la carretera?

Luciano Hernández Flores, 18 años, Pozo Almonte

San Lorenzo

Tarapacá es un pueblo ermitaño, donde no viven más de 50 personas, pero cuando se acerca el 10 de agosto, el pueblo vuelve a nacer. Con la llegada de la fiesta, los bailes, las voces, la abundancia de comida y, sobre todo, la alegría de los peregrinos que avivan el fuego dormido de la quebrada.

Alex Cari Cari, 16 años, Huará

Pertenencia

En Alto Hospicio sueño cada noche con Valparaíso.
Ayer estuve en Valparaíso, rememorando cosas de mi
niñez. Dormido soñé con Alto Hospicio.

Marce Hugo Contreras Mondaca, 77 años, Alto Hospicio

Camanchaca

Cayendo el sol en la carretera, con paciencia baja la
camanchaca, adueñándose de la noche y de los corazones.
Nosotros los habitantes, temblamos de frío como los
huesos del llamo en la cordillera pintada de blanco.

Yordan Méndez Espinoza, 18 años, Huara

Playa Bellavista

Gaviotas y guajaches en alto vuelo caen en piqueros tras inocentes peces. Indio Huiro coge la varilla dotada de un largo anzuelo, deslizándose descalzo sobre el resbaladizo luche. Observa las olas que se derrumban con estruendoso rumor. Calculando la llegada de las siguientes ondas corre varios metros. Con rápida mirada y firme puño introduce la varilla en la zanja, ensarta varios pejesapos de formidables ventosas. Gira con rapidez evitando el golpe de la nueva ola que se desvanece en copos de cristalinas gotas. Guarda la pesca, esperando reiniciar la caza. El cielo, profundamente azul, sonrío.

Julio Sepúlveda Vivar, 76 años, Alto Hospicio

Recuerdos del salitre

Recuerdo que trabajaba en las salitreras, recuerdo que lo hice durante casi toda mi vida. Ahora veo cómo el polvo cubre cada una de las herramientas que utilicé, quedando olvidadas con mis recuerdos en la inmensa pampa.

Estefanía Ponce Demetri, 15 años, Huara

Cerro-Parada

Mamá, ¿me darías permiso para ir al cerro y así tratar de capturar un pokémon tipo dragón?

Diane Zárate Fernández, 24 años, Iquique

Papelucho

Francisco Soto, o el Panchito para la familia, nunca se había acomplejado de tener las orejas grandes. Es más, le gustaba cuando alguien advertía su parecido con el caricaturesco personaje de Marcela Paz. Le gustaba, además, el pan con queso que le preparaba su padre, y a diario llevaba en su rodilla un parche curita que su madre le ponía cuando se caía en las piedras de la Poza de los Caballos. A él le gustaba el personaje y soñaba despierto mientras le leían, cada noche, una y otra vez, aquellas historias que le ayudaban a dormir.

Natalia Aguayo Orellana, 22 años, Alto Hospicio

Las naranjas de Alto Hospicio

Subíamos en 15 minutos la cuesta desde Iquique hacia Alto Hospicio, íbamos en una Nissan que traqueteaba todo el camino. Cada vez que subíamos veía las naranjas suspendidas colina abajo, a veces las contaba y otras veces jugaba a imaginar que eran pelotas de básquetbol. Mi papá siempre se hizo el leso con explicarme qué eran, prefería quizá que siguiera pensando que eran naranjas que vivían en el tendido eléctrico. Un día descubrió que yo ya sabía que no eran naranjas, ese fue el día en que me explicó que eran boyas suspendidas que dejó la marea al bajar.

Iván Chanez Cortés, 19 años, Iquique

Camino a Mamiña

Todos los gritos correteaban en torno al silencio del desierto a mediodía. Todos los murmullos y todos los llamados. Y era mejor no conocer el idioma de la pampa para soñar con los siglos pasados, invocarlos de nuevo, casualmente. Feliz coincidencia del automóvil descompuesto, las dunas de la pampa y los sueños de un niño en plena marcha.

Santiago Gómez Loyola, 48 años, Iquique

Los perros del circo

Por aquellos años, los circos interrumpían nuestros juegos y quehaceres escolares. La cancha del obispado, ubicada al final de la calle O'Higgins, se transformaba en un exótico mundo pleno de misterios. Cierta vez, un hombre alto, huesudo y con el cabello desgreñado, nos ofreció entradas gratis si conseguíamos llevar algunos perros que necesitaban con urgencia. Atrapamos dos vagabundos en playa Cavancha y recibimos las entradas prometidas, pero la curiosidad nos mantuvo en el lugar. Horrorizados y sorprendidos, vimos cómo los canes tan vivos como los habíamos entregado, fueron arrojados dentro de las jaulas y devorados por las fieras.

Julio Sepúlveda Cortés, 48 años, Iquique

Fichas v/s realidad

«¡Mamá, mamá! Recién vi al hijo de Mr. Mackey con unas fichas diferentes a las mías, eran brillantes y doradas, no se parecen a las que le dan al papá». La madre sin tener una respuesta clara lo mandó a jugar. Ahí Manuel se dio cuenta de que no todas las personas eran iguales, desde ahí empezó a observar la vida en la salitrera, la era del salitre como trabajo, juegos, etc., y pudo sacar la conclusión de que su humilde familia obrera nunca llegaría a tener las fichas brillantes que tienen las personas de sombreros y zapatos brillantes.

Joaquín Astudillo Piñones, 9 años, Iquique

Ciudad oscura

Por la noche en la Jorge Inostroza se escuchan solo ladridos de perros, se observa la escasa luz de los postes y la oscuridad de los alrededores. Así es aquí, en este barrio de Iquique, este lugar, donde poca gente se atreve a estar despierto, es difícil pero no imposible. Cuando sales por la noche la oscuridad que te invade te dice que ya estás perdido.

Sebastián Morón Romero, 9 años, Iquique

El ánimo de la patita

Es un angelito, qué querrá decir con su patita afuera de su tumba, como dando a conocer su ausencia allá, afuera del Cementerio N° 3. Yo con mis amigos, que vivimos acá cerca, en la Nueva Victoria, una población callampa, aunque somos buenos y humildes, cuando comienza el día corremos al cementerio a jugar con el «ánimo de la patita», y entre tumbas y muertos pasamos el día. Yo me imagino que aquella animita nos espera para jugar con nosotros, porque nosotros la hacemos feliz.

Juan Valenzuela Cuello, 49 años, Centro Penitenciario, Iquique

La Voz del Pueblo

Bastó que las manecillas del histórico reloj de la plaza Prat anunciaran el comienzo del 24 de mayo. Los resplandecientes minutos saltaron del cronógrafo y rasgaron la apacible noche iquiqueña. Entonces se desató la magia. En sólo segundos, miles de diarios cayeron del cielo y tapizaron la húmeda carpeta de la plaza, en homenaje a Manuel Castro Ramos, el periodista de *La Voz del Pueblo*. Cuentan que a fuerza de fusil fue obligado a comer la página de su denuncia. Hoy, como cada 24 de mayo, se conmemora la muerte del héroe de la libre expresión.

Oswaldo Urrea Caraffa, 47 años, Alto Hospicio

Una noche en la selva

Aún recuerdo aquella noche en la que estaba durmiendo con mi abuela. Soñé que estaba en la selva, mientras un león me perseguía, de repente me caí de un precipicio. Al final, en vez de caerme por el precipicio, me caí de la cama y el león era mi abuela roncando.

Benjamín Flores Ampuero, 11 años, Iquique

El morrión

La fila del baile estaba formada, el calor de La Tirana golpeaba despiadadamente, y el ambiente estricto de aquellos años se hacía notar: fallar a las tradiciones se traducían fácilmente en no bailar ese día para La Chinita. El cacique pide en voz alta y firme: «Todos con morrión». Toqué mi cabeza, ¡lo había olvidado!, el cacique me mira y ve que yo no reacciono a la orden. Me pregunta en voz baja: «¿Tu morrión?». Mi cara lo decía todo, lo había olvidado. Avanza dos pasos, y da una nueva orden: «¡Todos sin morrión!». El cacique era mi suegro.

Mauricio Cubillos Castillo, 26 años, Iquique

Cigüeño yeco

Tenía nueve inocentes años cuando le pregunté a mi mamá por qué yo era moreno y mi hermana blanca. Ella respondió con una mezcla de dulzura, cariño y seriedad: «A tu hermana la trajo una cigüeña y a ti te trajo un pato yeco».

Alan Villarroel Guzmán, 23 años, Iquique

Jugo de mango

Tómate todo el jugo yaya, le dije a mi abuelita que estaba enferma. Ella siempre dijo que el jugo de mango lo mejoraba todo. A la semana ella murió. Ahora sé que tenía que ser jugo de mango de Pica y no Zuko.

Antonia Varela Carvajal, 8 años, Alto Hospicio

Números romanos

La profesora de matemáticas me dio como tarea dibujar el reloj con números romanos, su sorpresa fue que escribí el cuatro así: *IIII*. Me calificó con un rojo, yo me defendí con la foto del reloj de la plaza Prat, el cuatro está escrito así: *IIII*. Sorprendida me perdonó la falta, hoy lo escribo así: *IV*.

Juan Rojas Barros, 54 años, Iquique

La momia de Tarapacá

Había una vez una momia que vivía en una cueva en el desierto de Humberstone. Entonces sucedió que cinco personas investigaban el desierto y la encontraron, pero creían que no estaban a salvo, así que decidieron llevarse a la momia, cuando fueron asaltados. La momia los defendió y se fueron a dormir. Así termina la historia.

Rafael Flores Llerena, 8 años, Iquique

Mi fruta favorita

PREMIO AL TALENTO INFANTIL

Terminé de pintar el trabajo de mi fruta favorita y le mostré mi dibujo a la profesora. Ella me puso un siete por mis manzanas, pero yo estaba triste. Llegué a casa con el trabajo en la mano. Mi mamá lo vio y me dijo: «Qué lindas guayabas, son muy reales», y entonces entendí por qué ella es mi mamá: es la única persona que me conoce tan bien para saber que sueño con guayabas asadas, en jugo o sin nada.

Antonia Varela Carvajal, 8 años, Alto Hospicio

Cancionero

Mis papás se habían separado hace meses. El panorama era ir a la feria con mi papá por la mañana escuchando techno, luego almorzaba con mi mamá y escuchábamos Los Iracundos mientras comíamos porotos con rienda. Cuando estaban juntos ambas canciones sonaban en la radio gris que compraron tiempo atrás, los cassettes de Pedro Fernández y Carmencita Lara, junto a los cds de Haddaway vivían felices junto a mis cassettes de Cachureos. Algo así éramos nosotros. Nunca más volví a escuchar esa mezcla en casa. Yo estoy seguro de que todo terminó el día en que se nos rompió la radio.

Iván Chanez Cortés, 19 años, Iquique

Dialecto

Me gusta andar a pata pelá y pasear calato por la playa aunque tenga el pupo feo. Me gusta subirme a tota de mis hermanos y si alguno se cae tirarnos todos al bollo. Nos bañamos y salimos del agua solo al escuchar «cuchufli barquillo», minuto perfecto para descansar y tirar la talla. Cuando nos vamos, vemos tremendo pericote al borde de la avenida, paramos un coletto y directo a la casa a sacarnos la arena y el chuño de un día en Cavancha. Pao-pao, se acabó el día y el buen recuerdo de ser un niño iquiqueño.

Karla Morales Carvajal, 30 años, Alto Hospicio

Los dejos de mis nuevos amigos

Escuchaba: cachái, ya po, te tinca, avispao, amermelao y frases del lugar que no comprendía porque no estaban en mi vocabulario, pero cuando las entendí ya podía hacer tallas y reírme con ellos.

Jesús Mamani Yucra, 28 años, Iquique

Gente conocida

Con ánimos de conocer gente nueva, fui a la casa de mi reciente amistad, reconociendo a mi compañera de clases, a mi profesor de fútbol y al portero del condominio, entre su parentela.

Matías Carrasco Almirante, 16 años, Iquique



Mi abuelo y su pueblo

Era un pueblo muy hermoso, con casas hechas de adobe y con techo de paja, en los meses de enero y febrero una dulce lluvia regaba todo el pueblito y sus alrededores. Brotaba el verde en cada rinconcito de este bello pueblo. Mi abuelo Gregorio era muy feliz viviendo en el pueblo de Chusmiza, pero él se ponía triste cada vez que una familia emigraba a la ciudad. Muchas veces trataron de que él también emigrara, pero mi abuelo respondía en su idioma: «Ni muerto abandonaré mi tierra».

Trinidad Ilaja Paucay, 9 años, Iquique

La masacre iquiqueña

Los asesinos a sueldo Death Stroke, Reaper y Star Killer estaban planeando su ataque a la Universidad Arturo Prat de Iquique, porque les habrían de pagar bien por la misión y además estaban sedientos de sangre. La masacre comenzó, capturaron y torturaron a casi todos los alumnos, uno se escapó y llamó a los carabineros, pero la policía no pudo con los criminales macabros. El resto de los estudiantes fueron asesinados brutalmente en el Marinero Desconocido. Al día de hoy, le han pagado a los asesinos, pero aún buscan al que se escapó porque desde el ataque nadie lo ha visto.

Maximiliano Álvarez Gallardo, 10 años, Iquique

7:50 am

Tomo un pan batido, lo abro y le pongo casi todo lo que está en la mesa, las aceitunas moradas me encantan. Miro la ventana y está un poco abierta, escucho el sonido del mar y veo las olas color gris. Bebo un poco de café y miro a los pájaros que vuelan sobre el mar. Cierro los ojos. «Pame, apúrate, vamos tarde al colegio». Echo la última mirada a las olas y voy. Así empieza otro día.

Pamela Arce Beltrán, 17 años, Iquique

1 de abril de 2014

PREMIO AL TALENTO JOVEN

Antes del terremoto no me importaba con qué dormía.
Ahora duermo casi lista para un desfile de modas de los mejores pijamas.

Renata Pérez Araya, 12 años, Iquique

Adolescencia

Tener la misma edad que las niñas que desaparecían no era muy grato. Cada tarde nuestros padres nos iban a buscar a la salida del colegio, no nos permitían salir con las amigas ni a la plaza El Hoyo; siempre me quejaba de esto. Hasta que un día la hermana de la Negra se apareció por nuestro curso preguntando por ella. Allí supe que nunca llegó a su pueblo donde sus padres; ese día solo pedí que no haya tenido el mismo destino que las otras niñas. Ahora solo un cartel recuerda el lugar donde la encontraron.

Nataly Olivares Cautín, 31 años, Alto Hospicio

Caldillo

Una mitad de limón, un poquito de pebre y una rodaja de pan, tiene fideos, papas, zanahorias y cebollas, tiene los cuentos de mi abuelo acerca de la pampa, tiene a mis tías sentadas separando las espinas del pescado, me tiene a mí y a mis primos picoteando alrededor de ellas y la copa de vino que no desaparece de la mesa, tiene los sabores más ricos que pude haber probado, la sonrisa de mi madre al momento de probarlo. La quemada de lengua del primer sorbo, la siesta que te pegas después.

Rocío Bertini Viza, 18 años, Iquique

El penique inglés

En una oficina salitrera al interior de Iquique, un niño pampino pensó que había encontrado una ficha. «No, hijo, esto no es una ficha, esto es medio penique inglés», dijo su padre, un desrripiador. «Pero se parecen, ¿cuál es la diferencia, papá?». Sacudiéndole la chusca de su infantil hombro y respirando muy hondo, le respondió: «Dignidad hijo mío, dignidad...».

Marco Aguirre Salinas, 48 años, Alto Hospicio

El mito

Si no era amor, entonces adicción, porque ningún helado de mango me hizo volver tantas veces al mismo lugar.

Camila Sepúlveda Bravo, 18 años, Iquique

El anhelo de Sócrates

Sócrates pasea displicente por Baquedano hasta la plaza Prat. Allí se recuesta sobre el tibio piso de madera y jadeando espera la llegada de su dueña. Acostumbran almorzar juntos en un banco de la plaza. Para ella, Sócrates es su compañía necesaria. Mientras acaricia a su can, sus brazos blancos revelan algunos moretones. Al irse palmorea su lomo y él mueve la cola. La esperará hasta que salga del trabajo y juntos volverán nuevamente a casa. Sócrates anhela ser un superhéroe para defender a los débiles. Ilusionado suspira con el hocico entre sus patas.

Oswaldo Urrea Caraffa, 47 años, Alto Hospicio

Abuela piqueña

Puedo ver la iglesia, la plaza, por fin llegué. Antes de poner un pie en la tierra siento el primer abrazo de ese aire tibio con olor a azahar, cocha y caña seca. Empujo la mampara, que siempre está abierta, grito «¡Aída!», la casa está fresca, el sol arde afuera. Por fin donde los Arroyo Olcay, residentes desde que el oasis era tierra peruana colonizada, carajo, cojudo, son palabras de la casa. Me siento, la miro morena, pequeña, está tan contenta, me tiene un tamal y un té de cedrón y canela. Respiro, la imagino, ella vuela.

Lidia López Arroyo, 32 años, Pica

La última vez

Suenan campanas, todos suben alegres y contentos con su alcohol y coca, bailando junto a la banda, la última costumbre del pueblo de Cancosa, y el último día de felicidad en mi familia. El pueblo perdió a la última persona que sabía de tradiciones y costumbres, y yo perdí a mi abuela.

Rosaura Challapa Mamani, 16 años, Pozo Almonte

El tren salitrero

Con su pitido estridente el tren salitrero anuncia su paso y espera que el vigía autorice su avance. Don Rogelio gira el mecanismo que baja las barreras de protección y luego agita la bandera que autoriza la marcha del tren. Cual monstruo furioso, exudando agua y vapor caliente, asoma el tren salitrero. Cruza el puente de El Colorado, cercano a mi casa, en donde con mis ojos de niño observo su marcha, extasiado. Aún suena en mis oídos su sonoro y repetido tra-ta-tra-ta-tra, brotando de sus ruedas pisando los rieles de la calle Ferrocarril. Sus carros vacíos traerán el oro blanco.

Carlos Valdivia Saavedra, 73 años, Iquique

La cola del Diablo

PREMIO AL TALENTO MAYOR

Los patizorros tomaban el lonche en medio de sus calicheras, la marraqueta de mortadela grasosita, o milanesa con huevo, la choca de té chino en la botella forrada con alambre de explora. La conversa es sobre las colas del Diablo y quién ha tenido la mejor experiencia: «A mí una cola me levantó como 100 metros en la pampa y estuve como una semana mareado», cuenta don Isidro. «Eso no es na'», refuta don Jacinto, «yo estaba arreglando el techo, me pescó una cola del Diablo y me dejó con calamita y todo en la otra oficina».

Roberto Rebolledo Sepúlveda, 69 años, Iquique

La contienda es desigual

Cuando niño soñaba con representar a Arturo Prat, pero en esos tiempos carecía del porte y carisma para ser digno del papel. El día del acto cívico Prat se encontraba con indigestión; el tiempo se agotaba y yo era el único que se sabía la arenga. La vieja Ester tuvo que recurrir al más pollo, el que casi repite el kínder. Me decía «Mario el chambón», pensé, y, tal como ella esperaba, arruiné todo al desenfundar mi espada y clavársela en el ojo a uno de mis compañeros.

Mario Mamani Toro, 23 años, Iquique

Camanchaca

La camanchaca caía como una cascada de vapor por la torta de ripio y semejaba una gigantesca olleta de fierro de una parada salitrera. Dejaba entrever las casas del campamento y en sus calles pampinos con cotona, sombrero y herramientas al hombro, mujeres yendo presurosas a la pulpería y niños corriendo a la escuela. La chimenea lanzaba el humo a los cielos como la bandera del progreso. Aspiró el aire profundamente e hizo desaparecer la última camanchaca. Entonces apareció claro un letrero desteñido: «Oficina Empresa». Detrás, algunas ruinas junto a los ripios y la soledad infinita de la pampa salitrera.

Roberto Rebolledo Sepúlveda, 69 años, Iquique

Proeza

Fatiga, el final no parecía llegar y mis compañeros caminaban exhaustos, tentados por la idea de abandonar y rendirse. Ya no parecía tener sentido completar esta travesía que valientes nos vio empezar. Cada paso era incierto y cada vez más duro. El terreno cobraba vida atrapando nuestros pies en él, queriendo detenernos. Aterrados algunos. Todo era oscuro, solitario y frío. Era la primera vez. Pero ahí la meta, a lo lejos, nos recordaba por qué habíamos emprendido el viaje. Luego de un rato, conseguimos llegar a la cima del cerro Dragón esa noche con mis amigos del barrio.

Franco Evaristi Fernández, 22 años, Iquique

Uno, para llevar

Me fui a vivir al sur, pero antes me compré hartos cactus. Digo, para sentirme un poco en casa.

Sofía Díaz Mollo, 19 años, Iquique

Siempre mientes

Supé que era un mentiroso cuando comenzó a temblar. Fue muy simple: los iquiqueños no corremos cuando la tierra se mueve, ya estamos operados de los nervios. En cambio, los afuerinos corren y gritan despavoridos buscando regresar a sus tierras y dejar atrás nuestro desierto. Si me mintió en eso... ¿qué más podría esconder?, tal vez algún secreto perverso como que su fruta favorita no es el mango.

Andrea Carvajal Almonacid, 39 años, Alto Hospicio

Temporal

Eran las seis de la mañana cuando las calaminas de las casas volaban como si fuesen pájaros emigrando a su hogar.

Sebastián Astorga Pallares, 18 años, Iquique

Los locos van al cielo

En el viejo puerto a los locos los arrojaban al techo. Se asomaban por los balcones y asediaban con miradas nostálgicas, la poblada avenida Baquedano. Cuando te vi entrar al bar esa noche, supe que eras una loca más en mi vida y que, como la vieja corbeta, mi vida se iría a pique. Cuando cogiste mi mano, supe que necesitaría para ti un techo de alguna casa en la avenida. Pero sobre todo necesitaríamos un rincón de algún balcón perdido, para mirar con nostalgia la vida que perdimos sin tocarnos.

Gonzalo Azócar Soto, 35 años, Iquique

Microficción

MENCIÓN HONROSA

Como todos los días, la colombiana hacía parar la micro número diez de la línea 33 Iquique-Alto Hospicio. Ocupaba el asiento de al lado del chofer, cruzaba las piernas, sacaba su espejito de mano y se iba acicalando durante todo el recorrido. Al final del viaje, sonrisitas de por medio y hasta mañana. En su cabeza de micrero viejo ardían mil historias de pasión. Pero él era un caballero: jamás se atrevería a cobrarle el pasaje.

Jaime Ceballos Sanquea, 57 años, Iquique

Me acuesto y me levanto con flores

Mi compadre Pedro era un pampino temido y respetado. No sabía que su mujer la Marujita, lo engañaba con Flores. El comentario andaba por doquier. La Maruja, nada de tonta, comenzó a ponerse flores en su pelo. Tiempo después, llorando, dice: «¡La gente se ríe de mí porque ando con flores! ¡Estos mal hablados!». Y al medio de la cuadra, a grito pelao, mi compadre dice: «¡A quién le importa que mi Marujita se acueste o se levante con Flores, el que hable se las verá conmigo!». Pucha, que vivaracha salió la Marujita. ¡Si ahora tiene la venia del Pedro!

Marcia Carpio Mancilla, 55 años, Pozo Almonte

Mi mejor estrategia

MENCIÓN HONROSA

Practiqué durante meses la estrategia perfecta para hablarle. Era noche de carnaval en la ciudad. Entonado por un vino con guayaba me acerqué a ella convencido y le dije: «Oye, ¿me dices la hora?». Ella sonrió con sus ojos negros como aceitunas del agro y me dijo: «Tonto, en el cerro pusieron un reloj gigante». Y se perdió en una nube de challa y harina.

Marcelo Espinoza Pérez, 37 años, Iquique

Pisagua

No sabe el que no lo ha vivido qué se siente al ver los nichos abiertos en el cementerio de Pisagua. Los acantilados por donde debieron caer los cuerpos. Intentas irte de corrido y retomar la conversación cuando algo te hace parar el auto, prender un cigarrillo y callar un minuto, por los muertos.

Marcela Riquelme Peña, 45 años, Iquique

Ilustración realizada por Máriacarlos Guerra para el cuento «El vuelo», Primer Lugar (p.9).





Fantoche llega primero

Él decía ser el mejor en todo, siempre el primero del curso, el primero corriendo, el que metía más goles en las pichangas, el que ganaba cualquier concurso, el que tenía más conquistas. Iba por el mundo diciendo que nadie le ganaba, nadie era más sabio, nadie más hábil. El primero de su familia, del barrio y de su curso en morir ahogado, el primer ahogado ese verano. Lo encontraron muerto en la playa, a nadie le dijo que no sabía nadar. El primer velorio en que el finao no era bueno y que nadie lamentó en realidad.

Carolina González Velásquez, 38 años, Iquique

Diablo blanco

Tenía 14 años cuando escuché la noticia del auto blanco y las desapariciones. En el colegio, entre pasillos, se bromeaba al respecto. Nunca pensé que con una noticia tan triste y macabra Alto Hospicio sería conocido.

Luis Palacios Stuardo, 30 años, Iquique

Desconocido

«Despidamos al que en vida fue un buen padre, un buen esposo y excelente hermano». La viuda miró de reojo el ataúd para cerciorarse de que no le hubieran cambiado al difunto. Seguramente el curita que decía tan bonitas palabras, no tenía conocimiento de los vicios del muertito, ni de las golpizas domingueras que le propinaba a ella casi todos los fines de semana, después de que se iba de juerga. Respiró profundo y abrazó a sus hijos, agradeciendo al cielo que eran pequeños aún y no entendían muy bien lo que estaba pasando.

Carolina Muñoz Serrano, 39 años, Iquique

¡Avísale!

¡Vaya, otro que no me contesta el saludo! En toda mi vida de iquiqueño gritar «¡avísale!» siempre provocaba respuestas atentas y cómplices; ahora nada. Cambian los tiempos. Tal vez ahora nuestras calles estén más agitadas o mis amigos más distraídos. O puede que mi propia existencia haya mutado tanto que no capto cómo se ha transformado esta ciudad. Bueno, no por eso dejaré de saludar, aunque parezca que ya no me ven cuando recorro el Paseo Baquedano, atravesando como si nada cuerpos y paredes. Y gritando lo que me sale solo como susurro: «¡Avísale!»; incluso cuando van a mi tumba.

Héctor Mérida Céspedes, 58 años, Iquique

Cartoné Gahtó

Un hombre recuerda, recuerda a los amigos que ya no están y a los que aún están. Recuerda al vendedor de cuchufli afuera de La Rivera, a los viejos de la Condell, al gordo que dormía afuera del banco y al flaco que se bañaba en la pileta de la Prat, a las damas roncacas de Thompson, los autos dentro de la Benz y los monos dibujados en el piso que nunca entendió de la Brava. Un hombre bebe otro sorbo y se sumerge otra vez en sus recuerdos, para no olvidar, no olvidar lo que fue.

Winston Contreras García, 26 años, Iquique

En las faldas del cerro

José vivía en las faldas del cerro, en una pequeña casita formada por propagandas electorales de los mismos alcaldes que prometían un hogar estable, una mediagua, un techo para sus cabezas y bandera chilena colgada de éstas. Él se sentaba con sus piernas cruzadas comiendo lo que había encontrado el día de ayer en la basura del McDonald's. Preguntándose cómo sería vivir en una de esas lindas casas que lograba divisar desde allí.

Susan Hevia Riveros, 15 años, Alto Hospicio

Un gigante en el desierto

Una noche aquel gigante iba caminando por el desierto, hasta que vio esa hermosa luna que brillaba en las alturas. En ese momento decidió recostarse en un acogedor cerro, para observar las estrellas, pero se quedó profundamente dormido, durante 100 años. Al despertar, nadie supo a dónde fue. Solo quedó dibujada su figura en el empinado. Los habitantes de estas tierras le llaman el Gigante de Atacama.

Estefanía Ponce Demetri, 15 años, Huara

Recuerdos sobre el tren

En el tranvía del Paseo Baquedano había dos hombres viejos que conversaban sobre sus recuerdos. Uno decía: «Yo era minero del salitre...», y el otro decía: «Yo era maquinista del tren salitrero...». El primero replicaba: «Pero el minero es más importante porque saca el mineral...». Y el segundo respondía, airado: «Pero sin el tren no se exportaba la riqueza al mundo...». De pronto, se acerca un desconocido y les dice: «Y en esa época yo era su capataz, y ahora les recuerdo que perdieron el trabajo por malgastar el tiempo discutiendo tonteras...».

Rodrigo Jorquera Leal, 11 años, Iquique

Viaje a Cancún

Había una vez un conejo sin ojos que estaba en el baño, bañándose, pensando en que quería unos pasajes en avión, a Cancún, y las personas le decían quiero ir contigo. Viajó a Cancún, en avión, y en Cancún se lo llevaron a la cárcel.

Katalina Huidobro Quiroga, 10 años, Iquique

La doble función de cine

Gran entretención para mis amigos era asistir al cine Coliseo, a ver la última película de vaqueros e indios. No todos teníamos dinero para cancelar la entrada a galería, lo que obligaba a hacer la vaca y entrar todos. Entrar a galería es un decir, ya que al empezar la función todos estábamos sentados en la baranda que separaba la galucha de la platea. Al apagarse la luz, todos estábamos sentados en platea. Luego, en el barrio asistíamos a la segunda función, en la que uno del grupo narraba la película, rodeado por el resto, reviviendo las escenas según su imaginación.

Óscar González Rodríguez, 74 años, Iquique

Prisión

En prisión, la lucha de la esperanza y la desesperanza tiene un punto crítico. Donde cualquiera no desea estar, noche tras noche, viene la melancolía. El día trae consigo una sonrisa falsa y orgullo desmedido. El agitar de las olas del lamento comienza con la llegada del silencio, donde cada corazón es una ola agitándose en este mar del encierro, donde el mal y el bien pelean día tras día y noche tras noche dentro de cada persona que espera lo más preciado que el hombre tiene: su libertad.

Ronald Bolívar Orellana, 25 años, Centro Penitenciario, Iquique

Santa María

A las cinco de la mañana en el colegio Santa María se pueden oír los gritos de muchas personas, y llantos también. Sangre que recorre las calles de Iquique. Se dice que si pasas de noche por ahí todavía se pueden oír los gritos de los inocentes.

Diana Díaz Mac-Pherson, 15 años, Pozo Almonte

Me voy contigo

Terminaba febrero, caminaba a Cavancha, la había conocido allá en otra ciudad, yo acá trabajando, tenía dos mil para el vino y los cigarros sueltos, sobraron doscientos pesos, la llamé del teléfono de la esquina de 21 con Rodríguez. —¡Si nos casamos mis papás me dejan y me voy contigo!—, me dijo. —¡Casémonos!—, dije... Me senté ahí en el islote de pasto al lado de una palmera, tenía solo una maleta y una lavadora para empezar la vida.

José Alcayaga Villarroel, 34 años, Iquique

Cuando conocí a Marcelo Ruiz

«Regálame una noche», decía la canción que salía del notebook suavemente.

Ella se levantó y dijo: «¿Quieres bailar? Te enseño salsa». «Glub», pensé. Me levanté, tomé mis manos y comenzó un, dos, tres, pausa y nos desplazamos por su pequeño departamento. Era la primera vez, el ambiente comenzaba a ponerse cálido... sus piernas se entrecruzaban con las mías y podíamos sentir los latidos de nuestros corazones.

Cuando todo estaba dispuesto, preguntó: «¿Por qué tiritas?». «No soy yo... ¡Está temblando!», dije. Fue el 1 de abril del 2014, lo ratificó el terremoto y la pantalla rota del notebook.

José Carvajal Encina, 54 años, Pozo Almonte

Otra vez

Estaba en el lugar más bonito del mundo, lleno de amor, felicidad y cosas fantásticas. Apareciste tú. Estabas cada vez más cerca. Mis latidos se aceleraban, nuestras bocas estaban a milímetros de distancia... hasta que un ruido nos interrumpió, era otra vez la alarma.

Ámbar Véliz Martínez, 15 años, Pozo Almonte

Mi café con leche

Llegando a Iquique te miré y mi vientre se agitó.
Sorprendida me quedé, pues muy raro lo encontré. Más
aún me arrebaté, pues en un cuadro me miré, dije cómo
pudo ser y al instante me casé y ahí está mi hermoso
Luis mezcla de leche y café.

Emilsan Larma Martínez, 38 años,
Centro Penitenciario Femenino, Alto Hospicio

El día que cambió todo

Aquel día mi vida cambió en menos de diez minutos. Los gritos azotaban mi corazón, corriendo subí las escaleras, se podía sentir el calor, no pensé en nada. Creo que mi cuerpo reaccionó como un témpano de hielo al sol, entonces pude verla, corrí hacia ella y logré salvarla, aunque todo quedó grabado en su cuerpo y en mi corazón todo cambió, menos mi amor.

María José Riveros Cuello, 30 años,
Centro Penitenciario Femenino, Alto Hospicio

Si Iquique tuviera río

Entre sabores de papas rellenas, asado de alas, ahí estaba ella, ofreciendo choclos cocidos con mantequilla frente al reloj bandera del Granadero. Era colombiana, porque cuando compraba me dijo: Cómo se llama usted», con ese característico acento. Lo mencioné, ella sonrió, pensé «la química existe», conversamos de Cali, del valle del Zulia y otras cosas, ella no perdió de vista mis ojos, mientras mis manos acusaban nerviosismo. Concretamos juntarnos, le dije que sería apropiado en el puente que va camino a la Zofri... ella nunca llegó porque no encontró el río.

José Carvajal Encina, 54 años, Pozo Almonte

Complejo Penitenciario de Alto Auspicio

Un día de enero publico en mi Facebook: «Quiero vacaciones», y como gran regalo llega una amiga y me invita a la playa, para el lado de Concón. Fueron las vacaciones más largas que nunca imaginé. Viajé en bus a Concón, de Concón a Santiago en unos lujosos autos, y de Santiago a Iquique en avioneta. Y aquí estoy, y mis vacaciones todavía no terminan.

Jacqueline González Díaz, 50 años,
Centro Penitenciario Femenino, Alto Hospicio

El Litto

Tenía olor a fierro, a sal, a chusca. En la cabecera de su cama tenía marcada a cuantas novias le había arrancado un beso, a la buena o a la mala. Su espíritu era tan libre como sus pensamientos. Escribía poesía, cantaba tangos y boleros, silbaba, recitaba y bailaba como nadie. Por su voz profunda y pastosa era reconocido en todo el litoral y en las oficinas abandonadas. Una vez, cuentan, que rió tan fuerte que hizo sonar las campanas de la catedral y su «¡avísale!» se escuchaba de punta a punta en Baquedano.

Patricia Carvajal Vargas, 55 años, Iquique

La soledad

Desde mi ventana, todo gris. Es gracioso, me gusta esa locura. Coartada por el instinto del ego, lo nuevo, la experiencia de lo no vivido. Ser feliz después con solo un instante y no desear lo que no está.

Sandra Veas Romero, 45 años,
Centro Penitenciario Femenino, Alto Hospicio

Equilibrio

Siempre se sintió extraño mirar Iquique desde la ventana trasera de mi casa. Poder conocer los límites de mi ciudad, saber dónde empieza y dónde termina me entregaba siempre bocanadas de libertad, desembarazo y una sensación de privilegio eterno. Sin embargo, al mismo tiempo, como queriendo tener bajo control esa sensación, observar ese titánico mar infinito junto a nosotros, lo neutralizaba todo. Era una combinación agri dulce pero necesaria, como si la presencia del mar tratara de recordarnos permanentemente nuestro lugar en medio del mundo mientras nos deja disfrutarlo.

Franco Evaristi Fernández, 22 años, Iquique

El Negro Jackson

Estaba en la feria de Alto Hospicio muerto de hambre, cuando escuché a aquel colombiano promocionando sus papas rellenas con un singular grito: «Hauuuuu», igual que Michael Jackson.

Julio Arroyo Parra, 18 años, Alto Hospicio

Juego de niños

Luis y Paula están casados, viven en la villa Frei en Alto Hospicio, tienen dos hijos y cada diez días juegan a «la escondida»; él se esconde trabajando en los cerros, y ella en la habitación de su vecino que vive en la casa de al frente.

Camilo Montecinos Guerra, 28 años, Alto Hospicio

La abuela

El golpeteo del bastón y el ruido de sus pantuflas arrastradas por la cerámica del pasillo delataban la huida de la abuela desde el comedor al antejardín de la casa. Sus 90 años le pesaban, pero se esforzaba por cumplir la rutina de tomar sol. Vivía en un pasaje de pescadores viejos, y cada vez que pasaba un machote le metía conversa, pero cuando veía al flaco solterón se ponía coqueta y le gritaba con su respiración apurada por el asma: «¡Ahí va mi pololo!». Ahora la viejita lacha debe estar asoleándose cerquita del sol.

Alberto Niclouse Jaque, 43 años, Alto Hospicio

PRESENTAN PAMPA NORTE Y FUNDACIÓN PLAGIO

¡PARTICIPA!

DESDE EL 1 DE JUNIO AL 4 DE AGOSTO DE 2017
EN WWW.IQUIQUEEN100PALABRAS.CL

PRESENTAN



MEDIA PARTNERS



radiopaulina

